



SUEÑOS DE BRONCE

UNA MUJER TRAICIONADA LUCHA HASTA EL FINAL

CAMILLA LÄCKBERG

SUEÑOS DE BRONCE

Traducción de Claudia Conde

Desde su suite en el Grand Hotel, Faye observaba la bahía. En los muelles frente al palacio real, pululaban pequeños grupos de paseantes ligeros de ropa. Se apoyó la mano sobre el pecho y sintió el corazón palpitante. ¿Alguna vez se le había acelerado tanto?

Cuando llamaron a la puerta, se sobresaltó.

—¿Quién es?! —gritó.

La voz que le respondió fue tan débil que no pudo reconocerla.

La necesidad de volver a preguntar agudizó su ansiedad.

—Alice —repitió una voz familiar, y Faye suspiró.

Fue tal su alivio que estuvo a punto de echarse a llorar.

Abrió la puerta con manos temblorosas.

Su amiga, que además era una de las principales socias de Revenge, su empresa, entró en la suite y empezó a recorrerla.

—¿De modo que así viven los ricos?

—Tú tampoco vives en una pocilga, Alice.

Faye logró forzar una breve carcajada, aunque su corazón seguía acelerado.

—¿Es esta la suite donde suelen alojarse Madonna y Beyoncé? —inquirió Alice, mientras se dejaba caer en uno de los grandes sofás—. ¿O hay otra todavía más lujosa?

—No, es esta.

Faye extendió la mano hacia la cafetera plateada, detrás de una gran bandeja llena de delicias para el desayuno.

—Entonces ¿estoy respirando ahora restos de su ADN o...? —comentó Alice con devoción.

Faye se obligó a reír una vez más.

—Supongo que la ventilación los habrá hecho desaparecer hace tiempo. Y espero que también se hayan perdido las últimas trazas de sus fluidos corporales. Tendrás que conformarte con mis esporas.

Le tendió a Alice un café en taza de porcelana, mientras señalaba con expresión interrogativa la jarra de leche.

Alice negó con la cabeza.

—No, gracias. Me gusta el café solo. Negro y fuerte, como mi actual amante.

Faye esbozó una sonrisa y se acomodó en el sillón frente a Alice, después de servirse también una taza.

—No creo que sea muy políticamente correcto eso que acabas de decir... —observó.

Su socia se encogió de hombros. Después de su traumático divorcio con Henrik, le importaba muy poco lo que pensarán los demás acerca de sus decisiones vitales.

—¿Por qué querías que nos viéramos aquí y no en la oficina? ¿Y por qué estás en un hotel en lugar de en tu casa?

Como de costumbre, Alice no se había andado con rodeos.

Faye bajó la vista y se miró las manos. No quería mez-

clar a sus seres queridos en sus preocupaciones, pero sabía por experiencia que estar sola no la hacía más fuerte.

—Anoche, cuando estábamos en el Riche, vi a mi padre. Se detuvo delante de la ventana, se me quedó mirando un momento y después se marchó.

Se estremeció al recordar la mirada feroz de su padre, la misma que la había atormentado durante toda su infancia, porque sabía que esa forma de mirar presagiaba un castigo para ella o para su madre.

Alice apoyó la taza de café sobre el platillo, produciendo un fuerte tintineo.

—¿Estás segura?

Faye asintió.

—Completamente.

—Ya decía yo que te había pasado algo. De repente te quedaste callada y te fuiste. A Ylva también le resultó extraño.

—Sí, debería hablar con ella.

Su mirada se encontró con la de Alice.

—Al llegar a casa —prosiguió—, vi marcas en la puerta del piso, como si hubieran intentado forzarla. Por eso decidí venir a este hotel, y aquí estoy.

—¡Dios mío! —Alice apoyó una mano sobre la de Faye—. ¿Qué vas a hacer con el viaje a Italia?

A Faye se le hizo un nudo en la garganta al pensar en la preciosa casa de Ravi, donde su hija y su madre la estaban esperando.

—Lo cancelaré. No puedo arriesgarme a conducir a mi padre adonde están ellas. Sabe que están vivas. Ayer me enseñó una foto de ambas que yo le había dado a Jack antes de... su muerte. Debieron de mantenerse en contacto

incluso después de su fuga del traslado de presos. Supongo que Jack le dio la foto a mi padre y ahora..., no sé. Pero necesito encontrar otro lugar donde vivir. Una casa con jardín. Salvo cuando me alojé con Kerstin, nunca he vivido en una casa desde mi regreso a Estocolmo. Tiene que ser algo que mi padre no se espere.

—¿No estarías más segura en el centro de la ciudad? ¿En un apartamento?

Faye negó con la cabeza.

—Demasiado movimiento de gente que entra y sale. Una casa es más fácil de controlar y vigilar.

—Dime si puedo hacer algo por ti —dijo Alice, mientras se ponía de pie para servirse más café.

—Seguramente necesitaré tu ayuda, pero antes tendré que resolver yo sola algunos asuntos.

—¿De verdad crees que se atrevería a hacerte algo a ti? Por lo visto, ha conseguido huir. ¿No sería más sensato que se mantuviera al margen y te dejara en paz?

Faye negó con la cabeza.

—No. Lo conozco bien. Vendrá a por mí. ¿Por qué otra razón iba a enseñarme la foto? Tengo que estar preparada.

Se le puso la piel de gallina, como si una corriente fría se hubiera colado en la elegante habitación de hotel.

—¿Qué quieres hacer con la presentación? ¿La posponemos?

—No. Encontraré la manera. Hemos trabajado demasiado para arriesgarlo todo ahora, aplazando la presentación. Si conquistamos el mercado de Estados Unidos, situaremos a Revenge en la cima del sector de la belleza. Las dos lo sabemos, y no voy a permitir que mi padre se interponga en nuestro camino.

Faye se rodeó el torso con los brazos. ¿Sería el aire acondicionado?

—Pero quería pedirte que adoptes más medidas de seguridad en la oficina —prosiguió—. Tendré que ir dentro de poco, quizá esta misma tarde.

—Lo haré de inmediato.

Alice se levantó y abrazó con fuerza a su amiga.

Faye notó el familiar aroma a Chanel N.º 5. A su socia siempre le había gustado lo clásico.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Faye se dirigió al dormitorio y, tras un instante de duda, buscó el teléfono. Odiaba tener que mentir a su hija. A su madre debería decirle la verdad, pues conocía mejor que nadie el peligro que representaba su exmarido y no habría sido justo ocultarle los hechos.

Con un suspiro, inició una videollamada. Se le encogió el corazón cuando apareció en la pantalla el bonito rostro de su hija.

—¡Mamá! ¿Cuándo vuelves? Te he hecho un dibujo, ya verás. Te lo daré cuando vengas.

—Eres un amor, cariñito. No te imaginas cuánto te echo de menos, pero todavía falta un poco para que mamá regrese a casa. Tengo que quedarme un tiempo más en Estocolmo, para resolver varios asuntos de trabajo.

La mirada de decepción de Julianne le resultó tristemente familiar. Había vuelto a incumplir una promesa. Notó que su hija se esforzaba por parecer despreocupada, y eso le dolió todavía más.

Julianne se encogió de hombros.

—No pasa nada. Lo entiendo.

—¿Cómo estás?

—Yo estoy bien, pero tú querrás hablar con la abuela, como siempre, ¿no?

—Oh, Julianne, lo siento. En este momento tengo que hablar de algo muy importante con tu abuela, pero la próxima vez...

—Sí, claro...

El rostro de Julianne desapareció de la pantalla, sustituido por una sucesión de paredes en tonos claros y muebles oscuros, mientras la niña se desplazaba por la casa.

—¡Abuela! —llamó.

Entonces Faye vio la cara de su madre.

—¿Puedes alejarte un poco? —le dijo en voz baja.

Su madre asintió, y Faye la siguió a través de la pantalla de su móvil mientras subía al piso de arriba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su madre, ligeramente sin aliento después de subir la escalera—. No me asustes.

Faye respiró hondo.

—Ayer lo vi. Vi a papá. Creo que ha intentado forzar la puerta de mi apartamento.

Notó que a su madre se le cortaba el aliento.

—¿Viste a Gösta? ¿Estás segura?

Alice le había hecho la misma pregunta y tuvo que dar la misma respuesta.

—Del todo. Y sabe que estáis vivas. Por eso he cancelado el viaje. Es imposible que sepa lo de la casa de Ravi, pero no quiero llevarlo hasta allí, si me está vigilando.

Sintió que las lágrimas le quemaban detrás de los párpados, pero las contuvo.

—Ten mucho cuidado a partir de ahora. Por supuesto, aumentaré de inmediato las medidas de seguridad. No quiero correr riesgos.

—¿Dónde estás ahora?

La voz de su madre sonaba entrecortada y el móvil le temblaba en la mano. El padre de Faye obraba ese efecto. Despertaba en ellas un terror profundo y primitivo. Las dos sabían de qué era capaz y cuánta maldad albergaba en su interior.

—En el Grand Hotel. Pero estoy buscando otro lugar más seguro donde vivir.

—Cuídate mucho —le dijo su madre en voz baja.

Faye se limitó a asentir.

No podía dejar que el miedo la dominara. Se negaba a concederle a su padre ese poder. Tenía que mantener la sangre fría para planear el siguiente paso. Su padre era un prófugo, un delincuente sobre el que pesaba una orden de busca y captura, y eso suponía cierta ventaja para ella.

—Cuida de Julianne. Os quiero mucho —dijo finalmente, antes de terminar la llamada.

Se quedó sentada en la cama. Después de todo lo sucedido en los últimos años, estaba cansada de luchar. Sin embargo, no le quedaba otra. Tendría que presentar batalla por su vida y la de su familia. Le vino a la mente la fotografía que Jack había visto y se había llevado. Era la única foto de su madre con Julianne, y echaba mucho de menos poder mirarla. La había tomado ella, en una playa de Sicilia, y aún podía visualizar a Julianne, acurrucada en el regazo de su abuela, con su larga melena rubia enmarañada después de bañarse en el mar, mirando a la cámara. Ahora esa foto la tenía su padre.

Estaba dispuesta a pelear por ellas dos hasta la última gota de sangre.

Volvió a coger el móvil e hizo una búsqueda de agen-

cias inmobiliarias en Estocolmo. El primer resultado era una agencia claramente orientada a la clientela más exclusiva. Llamó al teléfono indicado y enseguida le respondió una voz masculina.

—Hola, quiero comprar una casa —se apresuró a decirle Faye.

—¡Perfecto! Le paso a uno de nuestros agentes.

Mientras esperaba, Faye cogió un vaso de la mesilla y bebió un sorbo de agua mineral, para quitarse el regusto amargo del café.

—Aquí Peter Bladh, ¿en qué puedo ayudarla?

A juzgar por el ruido de fondo, el hombre parecía estar circulando en un coche.

—Me llamo Faye Adelheim y quiero comprar una casa lo antes posible. Necesito que esté cerca de la costa, a no más de media hora del centro de Estocolmo. El precio no me importa.

Tras un breve silencio confuso, llegó la respuesta.

—Mmm... Creo que tengo una propiedad que podría gustarle —dijo—. Está en Lidingö, al lado de la costa. El precio de salida es...

—Ya le he dicho que no me importa el precio —lo interrumpió Faye—. ¿Cuándo puedo ir a verla?

—¿Dónde se encuentra usted? —preguntó el agente.

Faye tenía que comportarse con normalidad, sin demostrar ansiedad. En algún momento llegaría el ataque de su padre y debía estar preparada.

—Me alojo en el Grand Hotel.

—Puedo pasar a recogerla dentro de veinte minutos. Solo necesito ir a la oficina para buscar las llaves y los códigos de la casa.

—Perfecto.

Tras poner fin a la llamada, Faye se dirigió a la ducha. Tenía mucho que hacer. Pensaba proteger a su familia costara lo que costase.

La casa había sido construida cinco años antes por encargo de un multimillonario sueco, que poco después se había casado, había vendido su participación en una conocida empresa financiera y se había trasladado a Nueva York. Mirando a su alrededor, Faye se dijo que el hombre tenía muy buen gusto para la decoración, pese a dedicarse a las finanzas, aunque también era posible que no hubiese tenido nada que ver con el interiorismo. El mobiliario por sí solo valía unos cuantos millones de coronas. Era lujoso sin caer en la vulgaridad. Faye podía imaginarse fácilmente viviendo en esa casa.

Un alto muro rodeaba la parcela. El portón eléctrico se abrió sin ruido cuando llegaron a bordo del descapotable del agente. La casa tenía tres plantas y estaba situada en un extremo de la isla de Lidingö. La fachada trasera, acristalada por completo, ofrecía amplias vistas de la bahía, además de dominar una extensión de césped bien cuidado, una amplia piscina y una playa de arena.

Peter, el agente inmobiliario, se quedó en un segundo plano junto al amplio ventanal, mientras Faye inspeccionaba la finca a toda prisa. Una pequeña embarcación de

recreo pasó frente a ellos y su estela hizo ondular el agua de la orilla.

—No se ve nada desde el exterior. Las ventanas están diseñadas de tal manera que la visión hacia fuera es total, pero no se ve nada hacia dentro.

—¿Como en una sala de interrogatorios?

Peter se echó a reír. Una agradable sonrisa simétrica le iluminó el rostro. Sus dientes eran blancos y regulares.

—Sí, así es. Como en una sala de interrogatorios.

Faye se acercó y percibió su perfume. Tenía unos treinta años. Era alto, con el ondulado pelo castaño peinado hacia un lado. Era evidente que visitaba con frecuencia el gimnasio. La trataba con amabilidad, pero sin fanfarronearía, y con confianza, sin llegar al descaro. Ella se había sentido atraída nada más verlo, y el viaje en coche hasta allí le había resultado en cierto modo agradable.

Daba toda la sensación de estar libre, sin pareja. En cualquier caso, no llevaba anillo de casado y vestía con un gusto claramente masculino, sin que se evidenciara en ningún caso la mano de una mujer.

—El sistema de seguridad es de primera categoría: cámaras de vigilancia y alarmas electrónicas con conexión directa a Walding Security. Para el actual propietario, la seguridad es fundamental. Estocolmo ya no es lo que era. No sé si lo sabe, pero hay bandas de criminales que se especializan en este tipo de propiedades y no se detienen ante nada. Hay que protegerse.

Faye asintió mientras echaba una mirada a los pectorales del agente, que se perfilaban bajo la ceñida camisa. Tuvo que hacer un esfuerzo para no relamerse.

No le preocupaban las bandas de ladrones, sino su

padre. Ningún sistema de alarmas del mundo sería suficiente para detenerlo si decidía ir a buscarla. Una de las pocas veces que su madre había intentado dejarlo y se había marchado a una pensión con Sebastian y con ella, tardó apenas unas horas en presentarse y aporrear la puerta. Era como un sabueso. Los encontraba siempre. Pero un buen sistema de seguridad podía servir para ganar tiempo.

—¿Qué le parece? —preguntó Peter, tras medio minuto de silencio.

Ella asintió brevemente.

—¿Hay algún otro interesado?

—Martin Lorentzon estuvo ayer aquí, visitando la propiedad.

Faye sabía que el cofundador de Spotify tenía los bolsillos llenos tras su enorme éxito, por lo que debía decidirse cuanto antes.

La casa era perfecta. No podía ser más segura, estaba cerca de la ciudad y al mismo tiempo le ofrecía la esfera de privacidad que le hacía falta. No habría vecinos curiosos que se inmiscuyeran en sus asuntos, a diferencia de lo que sucedía cada vez con más frecuencia en Östermalm. En otros tiempos, no se habría sentido capaz de vivir en el ambiente reservado e impersonal de Lidingö, pero ahora era justo lo que necesitaba. Podría organizar un estricto sistema de seguridad en torno a la finca que en la ciudad habría sido imposible.

—Estoy dispuesta a añadir cinco millones al precio de venta si puedo mudarme ahora mismo.

—Creo que no habrá ningún problema. Si me permite, llamaré al propietario.

El agente bajó la escalera y la dejó sola. Segundos después, lo vio aparecer sobre el césped, delante de la playa, con el teléfono apoyado en la mejilla. Faye se lo quedó mirando, segura de que él no podría verla a través de la ventana.

Sintió un escalofrío. La aparición de su padre le había hecho cambiar de planes. Había dejado de ser dueña de la situación, y eso tenía que cambiar. Debía recuperar el control, y para ello tenía que relajarse.

Apoyó una mano sobre el cristal, mientras se deslizaba la otra por debajo de las bragas. Ya estaba húmeda. Empezó a acariciarse, con la vista fija en Peter, en su cuerpo firme y su actitud confiada. Podía imaginarse la musculatura del pecho y la suavidad de su piel, seguramente depilada. Los pezones pequeños y duros. Le costó muy poco alcanzar el orgasmo. Se mordió los labios y sofocó el gemido que quería brotarle de la garganta, cerrando los ojos mientras todo su cuerpo se estremecía.

Poco después, se alisó la ropa y se sentó en uno de los sofás color crema. El pulso le había vuelto a la normalidad. Sacó la polvera Revenge del bolso Birkin de Hermès y se arregló el maquillaje, mirándose al pequeño espejo. Luego abrió la cremallera del bolsillo interior del bolso y sacó la cadena con el medallón de plata, que guardaba allí desde que había perdido la otra foto. Abrió el medallón y contempló la preciosa fotografía en la que aparecía ella con Julianne muy pequeña. Se la había hecho la fotógrafa Kate Gabor. Le encantaba esa foto.

Al cabo de unos minutos oyó a Peter que subía la escalera, por lo que cerró precipitadamente el medallón y se guardó el collar en el bolso.

El agente se detuvo ante ella.

—Perdón por haber tardado tanto.

Faye sonrió.

—No me ha parecido mucho tiempo. Estaba disfrutando de las vistas.

Dejó que su mirada recorriera el cuerpo de Peter.

El agente carraspeó. Un ligero rubor se extendió por sus bronceadas mejillas.

—Acabo de hablar con el propietario. Ha aceptado la oferta. Cuando su esposa se ha enterado de que la compradora era usted, ha quedado encantada. Me ha pedido que le transmita que es muy fan de sus productos. Siempre usa Revenge.

—Una mujer con buen gusto.

Faye se puso de pie y Peter le indicó con la mano que pasara delante de él para salir de la casa. Mientras el agente tecleaba el código para volver a conectar la alarma, ella se dirigió al coche, se sentó y se colocó las gafas de sol, que hasta ese momento había llevado sobre la cabeza. Después Peter se puso al volante y accionó el mando a distancia del portón.

Al salir, Faye contempló por el retrovisor la casa que acababa de comprar. En otra realidad, Julianne habría podido mudarse allí con ella, pero eso ahora era imposible. Ante los ojos del mundo, Julianne estaba muerta. Por momentos, ella también lo creía. Interpretaba tan bien el papel que la sola idea le producía una intensa tristeza.

No había tenido opción. Las imágenes que había visto en el ordenador de Jack eran terribles. Había expuesto a Julianne a los peores horrores. Se había visto obligada a

alejar a la niña de su padre y a asegurarse de que no volviera a tocarla. La mentira era esencial para proteger su vida, y Faye esperaba ser capaz de mantenerla indefinidamente, aunque a veces su peso fuera abrumador.